

# El discurso estratégico en el ámbito militar

## *Strategic Speech in the Military Field*

Hernán Federico Cornut\*

*Escuela Superior de Guerra del Ejército de Argentina*

Resumen: El presente artículo se centra en el análisis de las causas y consecuencias de la utilización de la estrategia, como modelo de ejercicio del poder, en el ámbito militar. El comprender las características de la estrategia y de los contextos aislados que determinan una estrategia en particular se vuelve indispensable para su aplicación. La concepción de ideas que son puestas en acción para solucionar un problema contextual caracteriza a la estrategia, que en un ámbito militar complejo, marcado por la incertidumbre, requiere de una metodología orientada a la estructuración de soluciones.

Palabras claves: Estrategia - Ámbito Militar - Discurso Estratégico - Ejercicio del Poder.

Abstract: The following article focuses in the analysis of the causes and consequences of the usage of strategy, as a model for the exercise of power, in the military field. The understanding of strategy and the isolated contexts' characteristics becomes compulsory for its application. The conception of ideas that are used for the solution of a contextual problem characterizes strategy, which in a complex military field, marked by the uncertainty, requires a methodology oriented towards solution structuration.

Key words: Strategy - Military Field - Strategic Speech - Exercise of Power.

Fecha de recepción: 18 de febrero de 2015

Fecha de aceptación y versión final: 27 de marzo de 2015

---

\* Hernán Federico Cornut es Coronel Mayor del Ejército de la República Argentina. Oficial de Estado Mayor Argentino y del Ejército Brasileño. Licenciado en Estrategia y Organización y Especialista en Conducción y Gestión Estratégica. Magister en Estrategia y Geopolítica. Email: [secext.esg@iese.edu.ar](mailto:secext.esg@iese.edu.ar)

## Introducción

Aún cuando el recurso de discurrir acerca de la dimensión estratégica de “algo” logra concitar de inmediato la atención, provocando mágicamente un salto cualitativo de la materia en cuestión –independientemente que se trate de un tema trivial o trascendente– no constituye una garantía de transmitir un concepto inequívoco. Muy por el contrario, hablar de lo estratégico remite (al menos en apariencia) a un conocimiento reservado solo para algunos, y que no admite legos, sino previo pasaje por un rito de iniciación temático.

Es así que la escasa claridad en torno a qué es la estrategia en conjunción con la profusa cantidad de opiniones, enfoques y metodologías, configuran un panorama difuso, en el cual la estrategia pierde su valor como elemento ordenador para la solución de situaciones-problema, para dar paso a un modelo preconcebido de enfocar la realidad y producir respuestas en torno a un potencial modelo de ejercicio del poder.

Sobre esta última idea (la estrategia como modelo de ejercicio del poder) se centra el objeto del presente ensayo, el que intentará analizar y concluir sobre las causas y consecuencias de dicho fenómeno dentro del ámbito militar, procurando aportar ideas que orienten posteriores soluciones y sentar bases para futuras investigaciones.

## 246 A modo de marco conceptual

Habida cuenta de la confusión reinante, es menester definir en términos generales la estrategia y sus características distintivas.

En principio diremos que la estrategia es pensamiento para la acción, pero para una acción precisamente situada en un tiempo y lugar definidos. Esto es, no existe una estrategia polivalente y genérica que sirva para solucionar cualquier situación-problema sin importar quienes sean los actores involucrados y los intereses en juego. Y esto que mencionamos es central para entender las consecuencias de aplicar metodologías universales para resolver conflictos absolutamente singulares y ajustados a pautas culturales normalmente ajenas a los “formadores de conceptos estratégicos”.

Por otra parte la estrategia no es apenas plan. De esta manera emprendemos contra una opción casi intuitiva a la hora de tratar lo estratégico, toda vez que se identifica a la estrategia como solamente un plan. Digamos que si bien puede y debe ser plasmada en un plan –que traduzca el pensamiento en acción– no es posible limitar el concepto a una secuencia ordenada de pasos, ya que la idea de lo estratégico nos coloca frente a una manera de enfocar y percibir las situaciones para resolverlas, manera que podemos sintetizar en el razonamiento teleológico (una suerte de correspondencia biunívoca de medios-fines que otorga plena racionalidad al razonamiento).

Otro aspecto importante de la estrategia lo encontramos en la necesidad de contar con una situación o contexto fuera de lo cotidiano, y por lo tanto futuro,<sup>1</sup> que puede devenir tanto en conflicto como en oportunidad, pero que de ninguna manera puede ser ignorado, so pena de consecuencias negativas. Esto nos lleva a otras dos condiciones *sine qua non*; la primera es el ambiente de incertidumbre en que se producen, analizan y resuelven los hechos estratégicos, donde las certezas están ausentes y el único método de ensayo es el de prueba y error. La segunda condición consiste en la capacidad anticipatoria que distingue al hacer estratégico, entendiéndose que si careciese de esta aptitud, simplemente no tendría sentido porque no atendería lo futuro y pasaría a engrosar la lista de actividades programadas que hacen en esencia a lo cotidiano. De acá la importancia de transformar la estrategia en plan de acción, aún cuando no pueda encasillarse la riqueza y complejidad del fenómeno estratégico a la mera concreción de un secuencia pautada.

Por último, en estos elementos del marco conceptual proponemos abordar el análisis desde la óptica del discurso tal como lo concibiera Michel Foucault.<sup>2</sup> Por lo tanto el camino a recorrer estará jalonado por las tres perspectivas distintivas del discurso: el principio del autor, el principio del comentario y el principio de la disciplina.<sup>3</sup>

A manera de guía, considero conveniente sintetizar estos tres principios del discurso en un cuadro comparativo que nos permita ordenar las ideas para luego discurrir en el análisis crítico propuesto. El siguiente cuadro sinóptico cumple esa función.

	SUJETO	OBJETO	ACCIÓN/ ACTO	RECURSOS	EFFECTOS
PRINCIPIO DEL AUTOR	Personajes. Creadores. Hacedores.	Estrategas. Conductores.	Arte. Abstracción.	Creatividad.	Pensamiento paralaacción. Praxissituada.
PRINCIPIO DEL COMENTA- RIO	Relatores. Difusores.	Analistas. Asesores.	¿Ciencia? Simplifica- ción.	Teoría. Sistematización de procedimientos. Imposición de modelos.	Potencial ma- nipulación de situaciones através de un modelo poli- valente.

<sup>1</sup> Futuro: (Del lat. ). Se dice de lo futuro condicionado, que no será con seguridad, sino que sería si se diese una condición determinada. U. t. c. s.

<sup>2</sup> Michel Foucault, *El orden del discurso*, Madrid: Las Ediciones de la Piqueta, 1996.

<sup>3</sup> *Ibidem*, p. 62.

	SUJETO	OBJETO	ACCIÓN/ ACTO	RECURSOS	EFECTOS
PRINCIPIO DE LA DISCIPLINA	Público. Destinatarios.	Ejecutores operativos.	Ejecución re- activa. Cumplimien- to.	Uso y consumo del modelo.	Aceptación y aplicación dogmática de métodos y modelos.

## La estrategia y el principio del autor

Quizás sea esta la relación más difícil de establecer, habida cuenta que corresponde a la historia dar testimonio de la misma. No obstante es posible avanzar sobre aspectos objetivos que llegan a nuestros días.

En términos absolutos quienes han trascendido como estrategias militares presentan características en común. En efecto, si algo comparten Epaminondas, Alejandro Magno, Aníbal, Escipión, César, Belisario, Narsés, Raimundo de Tolosa, Gustavo Adolfo, Federico, Napoleón, San Martín, Moltke, Eisenhower, von Manstein y Schwarzkopf –entre otros– fue su indudable capacidad para concebir una idea, ponerla en acto y solucionar (con mejor o peor suerte) el problema militar que se les planteaba en un momento y lugar determinados; todo ello acompañado del talento, la experiencia e idoneidad profesional.

Lo que queda claro es que no solo tuvieron la idea, sino la aptitud de llevarla a cabo a través de un plan que tuvo en cuenta todo lo necesario, pero que como tal no superaba ni reemplazaba la concepción de las operaciones que luego se desarrollaron.

En este orden de ideas, no es posible identificar una metodología en particular que ellos hayan seguido, ni tampoco una secuencia predeterminada que los acercara al éxito. Antes es dable inferir que tuvieron la capacidad de apreciar la situación en su sentido más amplio, plantearse posibles soluciones, seleccionar la mejor y ejecutarla, todo ello con un sentido teleológico que obtuvo la mejor relación posible entre los medios disponibles y los fines perseguidos.

No obstante hay una diferencia entre los personajes citados, y ésta estriba en las diferentes épocas que le tocó vivir y, por ende, la complejidad creciente de las situaciones que resolvieron, conforme se avance en el tiempo. Así, el más contemporáneo de ellos debió recurrir a gran cantidad de herramientas tecnológicas para apoyar su decisión, junto con un importante número de asesores (Estado Mayor) que desempeñaron su rol tecnócrata, pero que de ninguna manera suplantaron la idea y la concepción de la solución, ya que ésta es personal e individual, aún cuando quien resuelva se valga de las posibilidades antes mencionadas.

Por lo tanto, y sin menoscabar la dificultad que la complejidad de las variables actuales supone, podemos decir que en términos de hacedores creativos, estrategias propiamente dichos, todos comparten la cualidad de entender, idear y solucionar el problema militar desde el perfil del arte de la guerra.

Claro está que los estrategas no estuvieron libres de influencia (sean estas políticas, sociales, económicas, éticas, etc.), y ellas tienen que ver con la época particular que les tocó en suerte. Es aquí y de ésta manera que se concreta el principio de autoridad que nos habla Foucault. En efecto, son justamente las influencias que los estrategas sufrieron (sufren) del entorno del momento, lo que plasma el principio de autoridad, de manera que sin proponérselo y, lo que es más importante, sin pretender establecer parámetros estandarizados de comportamiento en lo militar, cada uno de ellos optó por la solución que consideró más conveniente sin preocuparse ni saber a que corriente de pensamiento o pseudo metodología podía dicha conducta adscribir, sino que simplemente se dirigieron a resolver las situaciones militares que se le presentaron, dejando para la historia militar la taxonomía del hecho superado.

Lo que queremos decir es que no se puede vislumbrar una intención premeditada del conductor estratégico para implementar patrones que obren como modelos prescriptivos a seguir en el futuro— en la idea de que se configuren como modelos de ejercicio del poder genéricamente hablando— por la sencilla razón que no es eso lo que lo preocupa, sino la inminencia de resolver la situación operativa que se le presenta, y sin percatarse de las influencias que sufren del entorno y, por lo tanto, sin intentar transferirlas ni manipularlas.

En todo caso el interrogante que cabe para el nivel de los estrategas-hacedores en torno a la disyuntiva de Foucault, sería si realmente es factible establecer el orden del discurso verdadero, ya que nadie estaría totalmente exento de poder, deseos y prohibiciones<sup>4</sup> al momento de materializar el discurso, aún cuando no se percaten de las influencias que sufren, como es este caso.

Por otra parte, un ejemplo claro de influjo sobre el discurso (en este caso estratégico) lo encontramos en la acción que los paradigmas científicos han ejercido —y continúan ejerciendo— sobre todo tipo de disciplinas. Como trataremos más adelante, es el mismísimo Carl von Clausewitz el que a pesar de su brillante discurso sobre la filosofía de la estrategia (en tanto relator analista y no hacedor estrategia), no logra superar la influencia del paradigma mecanicista de la modernidad tardía, trasladando esa carga a su relato estratégico pero de manera inconsciente, según nuestra opinión. De esta manera, pareciera que el principio

<sup>4</sup> Ibidem, pp. 14-16.

de autor se relaciona antes con cuestiones inconscientes que con imprints premeditadas, y ejerce su influencia tanto sobre los hacedores como los relatores.

## La estrategia y el principio del comentario

De los tres niveles explicitados en el cuadro sinóptico, es el que trataremos a continuación el que presenta mayor densidad problemática, dada su responsabilidad de transmisión / comunicación de los hechos estratégicos concretados por los hacedores, no sin ciertas desviaciones relevantes. En consecuencia, trataremos de establecer las causas de dichas desviaciones en el discurso de quienes comentan la realidad estratégica, en busca de precisiones acerca de la intención que persiguen con tal conducta.

Está claro que en el desarrollo del discurso estratégico corresponde al principio del comentario, en poder de los analistas relatores, concretar la interfaz que comunica y articula el orden del discurso entre quienes actuaron estratégicamente (hacedores conductores) y aquellos que conforman el destino del discurso en tanto público y usuario constituyente del estrato propio del principio de la disciplina. Este rol protagónico en la transferencia del conocimiento, sitúa a los relatores en la posición más comprometida respecto a la posible manipulación de los contenidos en torno a un modelo predeterminado y posible de ejercicio del poder. No obstante, no emerge esta última condición de manera tan clara como para constituir una afirmación palmaria. Y veamos por qué.

En principio, desde lo histórico y teniendo en cuenta la problemática de los paradigmas científicos ya mencionada, cabe analizar una realidad que estigmatizó el comportamiento de los tres niveles del discurso, pero que pareciera ser decisiva en su impacto sobre los relatores de la estrategia.

Efectivamente, el siglo XVII francés fue una época de crisis caracterizada por un nuevo saber. La revolución cultural en el campo científico se enfocó hacia el futuro y no sobre el pasado, como había sucedido en los siglos XV y XVI. El conocimiento, en cuanto intento de saber crítico, deja de ser apenas teórico y se desprende de sus raíces teológicas.

Pese a ello, el optimismo de la razón humana y sus futuras conquistas necesitaban no solo de un apoyo económico que pudiera llevarlas a cabo, sino de una investigación seria sobre el alcance y los límites del conocimiento, así como acerca de los métodos más adecuados para intervenir exitosamente en la naturaleza, en un claro intento de dominio de la misma. Este saber que perseguía el hombre, habría de contribuir a su existencia como algo verdaderamente útil y no como un fin en sí mismo. En definitiva, se había hallado un modo de conocer sistematizado, que impedía el error y la subjetividad, a semejanza de las formas de investigación puras que ya poseían las matemáticas y la geometría.

El privilegio de certeza de las matemáticas derivaba de su distanciamiento de los sentidos. No dependían de la experiencia y por eso estaban en condiciones de aportar verdades universales puras y asépticas.

La necesidad del método reside en remitir, a través de ciertas reglas, todo conocimiento a la más absoluta de las certezas. El “*método científico o cartesiano*” no es sino un camino seguro para arribar a la verdad y evitar el error, tal como fue ideado por René Descartes (1596 – 1650).

De esta manera, Descartes vino a completar el proceso iniciado por Galileo (1564-1642), en virtud del cual la ciencia se escinde de la filosofía para adoptar un perfil autónomo respecto de esta. En adelante, los modelos de la filosofía realista de la Edad Media ya no marcarían el derrotero de las ciencias en su conjunto, apartándose del concepto cognitivo sobre las esencias.

Así entonces, podemos inferir claramente que el método cartesiano intentó –y en cierta medida logró – amalgamar en una única entidad conceptual las posturas de ciencia y filosofía. El cometido del método era dar respuestas irrefutables a las causas fenomenológicas de lo real, al mismo tiempo que cubrir la expectativa filosófica –anterior a lo científico– centrada sobre la internalización de lo indivisible y preexistente.

Pero fue en este trance, que el método no dudó en apelar a la ficción del reduccionismo para descender a lo evidente en tanto indiscutible, pero también simple. Este procedimiento de simplificación de la realidad, si bien aportó respuestas válidas las mismas adolecieron de parcialidad. En efecto, la descomposición de lo real –de suyo complejo– dio lugar a soluciones a costa de sacrificar la genuina búsqueda epistemológica de la verdad no inmanente.

Ahora bien, lejos de armonizarse el panorama científico vino a autorreferenciarse<sup>5</sup> durante el siglo XIX. Efectivamente, los adelantos de Galileo echaron las bases que cimentarían la física mecánica y los descubrimientos de Newton (1642-1727), conformando una suerte de nueva realidad íntegramente fundamentada por el mecanicismo. Fue clara la influencia del Positivismo<sup>6</sup> en este sentido, que se erigió con criterio de orden absoluto para venir a explicar el universo desde su génesis. A pesar de lo efímero de su duración en cuanto paradigma, ejerció una decidida influencia sobre el planeta, condicionando el comportamiento de todas las ciencias, entre ellas la militar.

<sup>5</sup> Empleamos este término en alusión a la conducta humana por la cual los individuos tendemos instintivamente a “filtrar” la información que percibimos y recibimos del entorno, en tanto coincide con nuestros modelos mentales previos. Así, todo lo no identificado con un esquema determinado será rechazado, sin lugar a la mínima consideración.

<sup>6</sup> Sistema de filosofía basado en la experiencia y el conocimiento empírico de los fenómenos naturales, en el que la metafísica y la teología se consideran sistemas imperfectos de conocimiento.

Sería nada menos que Clausewitz (1780-1831), influido por Kant (1724-1804), quien de manera inconsciente llevaría adelante la concreción del paradigma mecanicista en el ámbito de lo militar.

A pesar de las discrepancias intelectuales de Clausewitz respecto de otros militares contemporáneos de él, como Dietrich von Bulow y Henri Jomini, sería el autor “De la Guerra” quien adheriría a la concepción mecanicista.<sup>7</sup>

Esto queda demostrado en el tratamiento que hace Clausewitz sobre conceptos referidos a Centro de Gravedad, Punto Culminante, Equilibrio de Fuerzas, Acción y Reacción, Masa y Ley Dinámica de Tensión y Reposo, entre otros. Pero tampoco esto constituye un cargo en contra de Clausewitz, en definitiva estaba respondiendo a la lógica paradigmática de su tiempo, por estar inmerso y formar parte de esa realidad temporal, cuyo influjo fue tan fuerte que consiguió diluir la traza del idealismo filosófico alemán presente en su formación.

Esta concepción parte del supuesto que todo, incluyendo las ciencias militares, puede investigarse mediante la formulación de leyes y principios rectores. Crea una realidad a su propia medida, convirtiéndose en inicio y fin, fundamento y esencia de su dinámica. Así, no solamente propone las bases axiomáticas que conforman el punto de partida del análisis, sino que completa el “ciclo virtuoso” en tanto aporta las justificaciones que validan la adopción de tales medidas. Esta lógica entonces, presenta una inercia propia muy difícil de quebrar, ya que modela no apenas las soluciones, sino también gran parte de los interrogantes para los cuales ya existen resoluciones aceptables.

De este modo y al entender que los fenómenos bélicos son mensurables de manera exacta y predecible –como los fenómenos físicos– se configura una visión simplificadora de lo militar en su dimensión estratégica, en un todo coincidente con la propuesta de la Física Newtoniana complementada por el respaldo filosófico de Kant.

Pero es la fuerza de esta concepción, ante su promesa de una posibilidad cierta de realizar cálculos exactos de los fenómenos bélicos estratégicos, la mayor amenaza a la eficacia perseguida de sus resultados.

Es razonable entonces inferir que la fuerza arrolladora de los paradigmas mecanicistas hiperracionalistas de fines del siglo XVIII y principios del XIX condicionaron el discurso de los relatores de ese tiempo y del futuro, ya que las consecuencias de aquella cosmovisión mecanicista de la vida no ha sido superada, sino parcialmente, aún en la actualidad.

<sup>7</sup> Al respecto recomendamos la lectura del artículo “Clausewitz’s Center of Gravity: Changing our Warfighting Doctrine – Again” de Antulio G. Echevarria II <http://www.carlisle.army.mil/ssi/>

Ahora bien, más allá del descargo enunciado a favor de quienes comentaron y comentan la estrategia, *¿dónde es posible puntualizar el quiebre entre el hecho estratégico (como producción del estratega) y el papel del relator analista?* Sobre eso discurriremos a seguir.

Para quien conduce la acción según un pensamiento previo de cómo operar, no existe más que una situación dada en un tiempo y lugar definidos, sin preocuparse por otras consideraciones fuera de este contexto singular. Vale decir que él no teoriza, sino que piensa en términos de acción valiéndose esencialmente de su experiencia para filtrar opciones y resolverse por la mejor. Ni más ni menos.

Sin embargo, el caso de los relatores es sensiblemente distinto. Ellos (nótese el plural, ya que normalmente su número supera al de los hacedores) se orientan al comentario y recreación del hecho estratégico, abordándolo desde la teoría. Esto es, interpretan la situación y sus variables, y no pocas veces deducen o suponen eventos que racionalmente deberían suceder para presentar justamente una “teoría”. Así, la distancia conceptual entre el hacedor y su correspondiente relator aparece como insalvable.

Esta marcada diferencia lleva al analista, en forma casi instintiva, a intentar una sistematización de la conducta estratégica del hacedor, a modo de respuesta o explicación de los resultados que aquel haya obtenido, y magnificando las bondades del método propuesto toda vez que estemos ante un estratega exitoso.

El problema reside en que cualquier intento de sistematizar la realidad (fácticamente hablando) a través de un corpus de conocimientos precisamente secuenciados, debe recurrir a la simplificación de la realidad, con todo lo que ello implica. Esta forma de ver las cosas coloca al analista (y luego al destinatario pasivo) frente a la disyuntiva de tener que desagregar las variables que concurren al hecho estratégico, para encontrar soluciones parciales a cada segmento del problema. Así, se estandarizan procedimientos (y luego conductas de los destinatarios), operando en base a premisas que buscan homologar situaciones tipo para luego producir soluciones estereotipadas.

De esta manera el método del que se vale el relator para dar cuenta de lo que él entiende por ESTRATEGIA, adolece de universalidad. Así, mientras el hacedor produce un pensamiento para la acción plenamente situado en tiempo y lugar, el relator desvincula la variable oportunidad del hecho y tiende a reemplazar la concepción intelectual de la solución por la aparición inmediata del plan. Esta deificación del planeamiento acaba transformando en secundario el pensamiento estratégico (la idea), y pasa directamente a elaborar una metodología casi aplicable a cualquier contexto (polivalente).

Sin embargo no hemos arribado a la connotación más negativa del discurso estratégico en manos del principio del comentario.

Nos referimos al fuerte contenido doctrinario que encierra esta forma de relatar lo estratégico, tal como lo enuncia el propio Foucault:

La doctrina vincula a los individuos a ciertos tipos de enunciación y como consecuencia les prohíbe cualquier otro; pero se sirve, en reciprocidad, de ciertos tipos de enunciación para vincular a los individuos entre ellos, y diferenciarlos por ello mismo de los otros restantes. La doctrina efectúa una doble sumisión: la de los sujetos que hablan a los discursos, y la de los discursos al grupo.<sup>8</sup>

Nótese cómo el discurso opera en la estrategia para generar una “verdad” incontestable, que remite a validar la metodología en forma instintiva, sin discutir sobre lo conveniente o particular en cada caso, y sin aceptar ningún punto de vista por fuera del método.

Esta postura dogmática que logra el discurso en torno a la metodología estratégica provoca la identificación de quienes la aceptan y practican con los contenidos de dicho discurso, sin preguntarse ni pensar si eso tiene algo que ver con lo estratégico como lo concibió el hacedor en su momento. De esta manera, el deificar la metodología en detrimento del pensamiento situado, se opera la *exclusión*<sup>9</sup> de todo aquello que quede por fuera del modelo preconizado, apareciendo nuevamente la noción de paradigma, en este caso limitada por la ocurrencia del discurso.

254 Así, el discurso estratégico coacciona la realidad de la estrategia seleccionando a los sujetos que pueden hablar (los relatores) y decidiendo sobre quiénes pueden escuchar (los destinatarios replicadores del modelo). Para reforzar esta percepción los relatores utilizan un pesado andamiaje de capital simbólico compuesto por un léxico específico y aspectos variados que buscan diferenciar su forma de entender la estrategia de otras posibles. Esto da lugar a corrientes de pensamiento (o pseudo pensamiento) y “escuelas” que explican la estrategia, pero siempre a través del ojo intermediario del relator.

Y es justamente en esta intermediación entre el hecho estratégico (hacedor) y su consumo masivo (público destinatario) donde pueden manipularse las variables en presencia, con el objeto de ejercer un poder indirecto y mediatizado sobre aquellos que son receptores pasivos del discurso estratégico. Sin duda es este el perfil más preocupante de la problemática abordada, ya que con todo el caudal de certeza y sapiencia con que se ha revestido el discurso, más los aspectos enunciados acerca de la exclusión e identificación de conceptos (o preconceptos), no quedan demasiadas opciones para un público —normalmente inadvertido— que se dispone a asimilar con avidez y sumisión dogmática lo que los relatores entien-

<sup>8</sup> Ibidem, p. 44.

<sup>9</sup> Ibidem.

den por estrategia. Valga entonces como *inferencia parcial* que, sin duda, el rol de los relatores constituye el núcleo duro de un particular modelo de ejercicio indirecto del poder en términos de doctrina estratégica, el cual probablemente haya sido efectivizado y continúe siéndolo en la actualidad, pero del que no se puede dar cuenta que siempre y en forma excluyente pretenda autoconfigurarse en modelo de poder ex profeso. Para establecer con precisión las consideraciones enunciadas es necesario emprender otra investigación independiente de este ensayo que, por otra parte, no procura agotar un tema tan vasto.

Lo cierto es que así como Aníbal no se propuso establecer un parámetro que rigiese la conducta estratégica de él en más, al adoptar el derrotero más largo e indirecto para atacar Roma partiendo desde África, sí podemos afirmar que Lidell Hart propugnó la teoría de la Aproximación Indirecta<sup>10</sup>, luego de una aguda observación e interpretación de los hechos estratégicos desarrollados por el primero, pero que en rigor de verdad no se encuentran muy alejada (la teoría mencionada) del más básico sentido común que nos indica la conveniencia de no enfrentar al oponente en su parte más sólida del dispositivo.

De igual manera encontramos en la presentación de Andre Beaufre<sup>11</sup> una profusa referencia a los modos y modelos de la estrategia más aptos para enfrentar los probables conflictos, desde una óptica amplia y con enfoque sistémico. No obstante, lo que Beaufre propone no supera el estadio de la sistematización de procedimientos antes mencionada. Beaufre no enseña a ser estrategia, sino que acerca puntos de vista que pueden guiar el proceder estratégico ante situaciones genéricas, pero que de ninguna manera reemplaza al hacer estratégico en cuanto producto de la creatividad confrontada con la experiencia profesional. Nadie podrá pretender ser un brillante estrategia por el solo hecho de leer el discurso del relator. Este podrá obrar como un auxilio en la implementación de las ideas a través de un plan, pero no suple la experiencia de vida profesional del verdadero conductor militar. Por otra parte puede resultar tan interesante como extraño comparar métodos de maniobra estratégica con lances de esgrima, tal como el General francés propone.

En la misma línea de razonamiento encontramos la obra del Dr. Frischknecht<sup>12</sup>, quien con una particular visión de la estrategia esgrime un discurso en el que la teoría busca el permanente respaldo de las variables duras que llegan desde las matemáticas o el lenguaje técnico de la informática, dando lugar a

<sup>10</sup> Basil Lidell Hart, *Estrategia de la aproximación indirecta*, Buenos Aires: Biblioteca del Oficial volumen 500/501, Círculo Militar, 1960.

<sup>11</sup> Andre Beaufre, *Introducción a la estrategia*, Madrid: Instituto de Estudios Políticos, 1965.

<sup>12</sup> Federico Frischknecht, *Dirección recursiva*, Buenos Aires: El Ateneo, 1993.

diagramas de flujo que si bien presentan una lógica irreprochable, no agotan ni logran desmenuzar el hecho estratégico como tal. Es interesante observar cómo la propuesta de Frischknecht condice palmariamente con la regla de *exterioridad* que Foucault describe en cuanto a exigencias del método discursivo, así:

Cuarta regla, la de la exterioridad: *no ir del discurso hacia su núcleo interior y oculto, hacia el corazón de un pensamiento o de una significación que se manifestarían en él; sino, a partir del discurso mismo, de su aparición y de su regularidad, ir hacia sus condiciones externas de posibilidad, hacia lo que da motivo a la serie aleatoria de esos acontecimientos y que fija los límites.*<sup>13</sup>

Creemos que el discurso estratégico de Frischknecht en tanto relator, engrosa las observaciones antes efectuadas para autores similares, pero además agrega un elemento que lo distancia sensiblemente del hecho estratégico en cuanto fenómeno, y nos referimos a la importancia que adquiere el significante (lenguaje, diagramas de flujo, simbología matemática y de computación, etc.) por sobre el verdadero significado, entendiendo por tal a la estrategia propiamente dicha. Esta “*soberanía del significante*” en palabras de Foucault nos coloca irremediablemente frente a que “*El discurso se anula así, en su realidad, situándose al servicio del significante*”.<sup>14</sup>

Y esto es dable de comprobar en forma simple, ya que en la medida que el lector se interna en la obra de Frischknecht, va asimilando secuencias y procedimientos que conectan diferentes niveles de razonamiento y dirección con la misma velocidad que va perdiendo de vista que el tema en cuestión *era* la estrategia. Así, quedamos ante un contexto en el que se produce una inversión de la carga conceptual, toda vez que el lenguaje y la simbología lejos de auxiliar la interpretación de lo estratégico, se transforman en la esencia del discurso.

Es importante agregar que la obra del Dr. Frischknecht, por lo menos en su génesis, no intentó configurarse *per se* en propia del ámbito militar, sino que fue adoptada (y dudosamente adaptada) por una parte del entorno institucional militar, acarreado no pocas disfunciones a la hora de compatibilizar el discurso al nivel de la Acción Militar Conjunta.

Antes de concluir los conceptos sobre el principio del comentario, creemos importante compartir una reflexión que toma la forma de interrogante:

*¿Entonces, tiene sentido el discurso estratégico por parte del relator? ¿Sirve para entender la estrategia o es pura tautología, devenida de la imposición de modelos?*

Digamos que *sí* guarda sentido el discurso que propone el relator, en tanto tengamos claro que no es ni más ni menos que eso: una propuesta de aproxima-

<sup>13</sup> Foucault, op.cit., p. 53 (la cursiva no pertenece al original).

<sup>14</sup> Ibidem, p. 50.

ción teórica que busca ordenar el pensamiento (sin reemplazarlo) para auxiliar a quien quiera entender, analizar, asesorar o simplemente teorizar acerca de la estrategia, pero sin llegar a concebir ni, mucho menos, poner en acto el hecho estratégico.

Entonces, convengamos que *es una herramienta útil* para auxiliar la interpretación de lo estratégico; pero una cabal y auténtica comprensión de la estrategia –o mejor dicho de ese pensamiento para la acción situado en tiempo y lugar– solo verá la luz si parte del análisis singular del hecho como tal, teniendo en cuenta las variables que lo contextualizan (situación, intereses, conflicto, cooperación, medios, fines, poder, actores, etc.), de manera que una vez concluido dicho análisis pase a formar parte del bagaje de conocimientos profesionales que llamamos experiencia, y contra la cual se contrastarán las opciones de acción en el futuro, antes de seleccionar la mejor para ejecutarla.

Claro que esta referencia no estaría completa sin hacer alusión al juego de poder que el discurso del relator puede encerrar. Como ya dijéramos, es el principio del comentario donde se pueden dar las condiciones de manipulación (del destinatario) con fines particulares. Aunque no podamos asegurar que esto suceda o esté presente en todo discurso de cualquier relator, la sola posibilidad de que así sea nos debe colocar en posición expectante como público destinatario, que nos permita estar advertidos y establecer las reservas del caso en la interpretación del discurso, aún cuando exista otra posibilidad mucho más profunda y trascendente para superar este problema, como veremos más adelante.

## La estrategia y el principio de la disciplina

Siguiendo la ilación propuesta en la introducción, es el turno de hablar del papel que desempeña y las características que distinguen a este segmento del discurso estratégico.

Sin duda el aspecto de mayor importancia está dado porque el público destinatario constituye nada menos que el objeto del discurso estratégico. De esta manera, opera como elemento orientador de quienes relatan y difunden el hecho estratégico, en la idea de que aquellos que teorizan (con mayor o menor objetividad y deseos de poder) deben guiar sus propósitos y consecuentes resultados mediante la compulsa permanente de la reacción del destinatario frente al producido del analista relator. Este es un fenómeno típico que emerge claramente, por ejemplo, en el ámbito empresarial y de negocios, donde ciertos “gurús” de la planificación estratégica preconizan fórmulas que aseguran el éxito mediante un aluvión de métodos, libros y hasta software, cuyo denominador común es la

repetición de los conceptos –sin agregación de valor– a través de consecutivas ediciones, sin descontar los ciclos de conferencias y reuniones a tal efecto.

Ya en el contexto militar existen situaciones similares, aunque en menor escala que lo antes mencionado, pero con consecuencias o potenciales efectos realmente de envergadura. Como expresáramos, la determinación fehaciente de la potencial o concreta manipulación del poder con fines precisos mediante el discurso estratégico en lo militar, debe constituir el objeto de otra investigación particular dada su complejidad.

Una observación importante es la que surge de analizar los efectos multiplicadores del discurso estratégico en relación al número de actores en cada uno de los estamentos. Así, encontramos que el número crece conforme se desciende o difunde el discurso, haciendo que la cantidad de relatores sea mayor que la de hacedores, y el número del público destinatario mucho mayor aún que el de los relatores. Y esto sucede porque la lógica de todo discurso –y del estratégico también– lleva en germen la imposición. Imposición que no se percibe como tal ya que el discurso al adoptar forma doctrinaria (y frecuentemente estar respaldado por una organización o institución), limita las ideas que no coinciden con su modelo, a la vez que impregna con los conceptos “adecuados” al objeto de su cometido, vale decir al destinatario. Si a esto adicionamos el número casi siempre masivo que representa el público, obtendremos una proyección sustantiva de los efectos del discurso.

Esto se refuerza con la esencia misma del principio de la disciplina. Dejemos que sea Foucault quien lo explique:

La disciplina es un principio de control de la producción del discurso. Ella le fija sus límites por el juego de una identidad que tiene la forma de una reactualización permanente de las reglas. Se tiene el hábito de ver en la fecundidad de un autor, en la multiplicidad de sus comentarios, en el desarrollo de una disciplina, una serie de recursos infinitos para la creación de los discursos. Quizá, pero no por ello, pierden su carácter de principios de coacción. Y es probable que no se pueda dar cuenta de su papel positivo y multiplicador, si no se toma en consideración su función restrictiva y coactiva.<sup>15</sup>

Es importante retener el concepto de identidad que Foucault señala en el párrafo anterior. Efectivamente, el discurso logra cohesionar (disciplinar) al destinatario en torno a sus dichos, toda vez que genera un fuerte sentido de identidad y pertenencia entre los individuos que comparten los mismos conceptos. Asimismo, produce una dinámica propia de ese o esos grupos humanos, quienes rápidamente dogmatizan las ideas, excluyen a quienes no estén de acuerdo, incrementan el capital simbólico heredado del relator mediante una exageración

<sup>15</sup> Ibidem, p. 38.

en el léxico y una fraseología específica de sus ideas y, finalmente, alcanzan la supuesta “seguridad” que les otorga sentirse miembros de algo (en este caso de una corriente de pensamiento estratégico o de una “escuela estratégica”, etc.), para luego irradiar con convicción misional la “verdad” así obtenida.

Antes de concluir con esta parte del análisis, reflexionaremos sobre un principio de solución acerca de los efectos del discurso estratégico sobre el ámbito militar argentino, en forma genérica.

Sin revestir originalidad sino más bien constituir una toma de consciencia sobre la realidad propia, e independientemente de considerar una deliberada difusión de teorías estratégicas con fines de manipulación de poder sobre el entorno profesional militar o no, entendemos que la única opción viable es repensar la estrategia –en cuanto teoría y corpus de conocimientos inherentes a la ciencia militar– con perfil y definiciones a la medida de nuestra vivencia y circunstancias, *dejando de lado la adopción sinadaptación que ha caracterizado nuestra fidelidad* (¿sumisión?) *intelectual a lo largo de mucho tiempo*. En definitiva, lo que se propone no es otra cosa que intentar diseñar una “teoría” lo suficientemente acorde a nuestra realidad como para que oriente la formación de quienes serán en el futuro los ESTRATEGAS MILITARES. Y esto es así, ya que teniendo claro que no es posible evadirse del influjo del discurso en tanto fenómeno sociológico, es menester *modelar y definir de una vez el propio discurso estratégico*, como una forma de encontrar nuestra identidad para luego obrar coherentemente.

## Consideraciones finales

Teniendo en cuenta nuestro planteo inicial acerca de la intención de discurrir sobre la estrategia, pero desde la óptica del discurso y en procura de su poco explorado como potencial perfil de modelo de ejercicio del poder, es necesario avanzar sobre algunos conceptos conclusivos que rescaten la esencia de lo tratado.

En primer lugar cabe mencionar que *queda a buen resguardo la importancia, necesidad y vigencia de la categoría estratégica*, atendiendo los aspectos que explicitamos en nuestro breve marco conceptual respecto a conceptos, alcances y características de esta disciplina que forma parte de la ciencia militar.

En segunda instancia, y luego de organizar el análisis en función de los principios del autor, del comentario y de la disciplina, queda claro que estos tres estadios son parte necesaria y suficiente para conformar la sinergia del discurso, pero al mismo tiempo presentan características que los distinguen entre sí y permiten inferir que *ESTRATEGA (hacedor) RELATORES (analistas teóricos) y DESTINATARIOS (público pasivo) no pueden ni deben ser confundidos, habida cuenta del rol que ejercen en el orden del discurso estratégico*.

Ya en términos del *principio del autor*, podemos aseverar que los conductores militares de todos los tiempos presentan en común su indudable capacidad para concebir una idea, ponerla en acto y solucionar (con mejor o peor suerte) el problema militar que se les planteaba en un momento y lugar determinados; todo ello acompañado del talento, la experiencia e idoneidad profesional.

También digamos que *no es posible identificar una metodología en particular que ellos hayan seguido*, ni tampoco una secuencia predeterminada que los acercara al éxito. Antes es dable inferir que tuvieron la capacidad de apreciar la situación en su sentido más amplio, plantearse posibles soluciones, seleccionar la mejor y ejecutarla, todo ello con un sentido teleológico que obtuvo la mejor relación posible entre los medios disponibles y los fines perseguidos.

Por lo tanto *no se puede vislumbrar en su accionar una intención premeditada para establecer patrones que obren como modelos prescriptivos a seguir en el futuro* —en la idea que se configuren como modelos de ejercicio del poder genéricamente hablando— por la sencilla razón que no es eso lo que los preocupaba, sino la inminencia de resolver la situación operativa que se les presentaba, y sin percatarse de las influencias que sufren del entorno y, por lo tanto, sin intentar transferirlas ni manipularlas.

Podemos decir entonces que *los hacedores son quienes conforman la esencia y fuente genuina de lo que entendemos por ESTRATEGIA*.

En cuanto al discurso estratégico en relación al *principio del comentario*, digamos que corresponde a los relatores concretar la *interfaz que comunica y articula el orden del discurso* entre quienes actuaron estratégicamente (hacedores conductores) y aquellos que conforman el destino del discurso en tanto público y usuario constituyente del estrato propio del principio de la disciplina. *Este rol protagónico en la transferencia del conocimiento, sitúa a los relatores en la posición más comprometida respecto a la posible manipulación de los contenidos en torno a un modelo predeterminado y posible de ejercicio del poder*.

*Los relatores se orientan al comentario y recreación del hecho estratégico, abordándolo desde la teoría*. Esto es, interpretan la situación y sus variables, y no pocas veces deducen o suponen eventos que racionalmente deberían suceder para presentar justamente un corpus teórico. Esto hace que el analista intente una *sistematización de la conducta estratégica del hacedor*, a modo de respuesta o explicación de los resultados que aquel haya obtenido, y magnificando las bondades del método propuesto toda vez que estemos ante un estrategia exitoso.

*De esta manera el método del que se vale el relator para dar cuenta de lo que él entiende por ESTRATEGIA, adolece de universalidad*. Así, mientras el hacedor produce un pensamiento para la acción plenamente situado en tiempo y lugar, el relator desvincula la variable oportunidad del hecho y tiende a reemplazar la concepción intelectual de la solución por la aparición inmediata del plan.

Entonces podemos afirmar que los relatores, dentro del lugar que les cabe en el orden del discurso estratégico, tienden a ganar un protagonismo que induce a la mayor de las confusiones, ya que *normalmente se identifica a la estrategia con las ideas o especulaciones teóricas de estos analistas*, cuando en realidad su verdadero rol es el de comunicar y transferir el conocimiento, *pudiendo entonces constituirse en sujetos de un manejo de poder preconcebido*.

Por último y en alusión al *principio de la disciplina*, concluimos que *el público destinatario constituye nada menos que el objeto del discurso estratégico*. De esta manera, opera como elemento orientador de quienes relatan y difunden el hecho estratégico, y *dado el carácter pasivo y el número sensiblemente mayor que los otros dos segmentos, potencian los efectos del discurso, independientemente de su calidad conceptual*.

Por lo tanto este público debe estar, cuando menos, advertido del rol que le compete en el orden del discurso estratégico, de manera de asimilar con reservas las teorías predigeridas de los relatores al mismo tiempo que procurar comprender a los hacedores, en tanto verdaderos responsables de la estrategia.

Finalmente, nos quedamos con la idea ya expresada en cuanto a la imperiosa necesidad de repensar una estrategia y una teoría que satisfaga las variables propias de nuestra realidad, como respuesta a los desafíos militares de nuestra Institución y superadores de doctrinas universales, que aún cuando aportan elementos de valor no consiguen llenar el vacío cultural e idiosincrásico que dejan los modelos masivos. Todo ello sin soslayar que uno de los mejores vectores de formación de nuestros futuros conductores militares continúa siendo el estudio meditado y reflexivo de la Historia Militar de todos los tiempos.

## Bibliografía

- Ackoff, Russell, *Recreación de las corporaciones*, México: Oxford University Press, 2000.
- Beaufre, Andre, *Introducción a la estrategia*, Madrid: Instituto de Estudios Político, 1965.
- Cornut, Hernán, “La influencia de los paradigmas científicos en la ciencia militar”, en: *Revista de la Escuela Superior de Guerra*, N° 554.
- Frischknecht, Federico, “The Structure of Management Decision Systems”, en: *Interfaces*, Vol. 1, 1974.
- \_\_\_\_\_, “Estrategia”. *Contribución Académica*, n° 20, Buenos Aires: Escuela de Guerra Naval, 1989.
- \_\_\_\_\_, “Estrategia”, Buenos Aires: Escuela de Guerra Naval, 1991.

- \_\_\_\_\_ , *Dirección recursiva*, Buenos Aires: El Ateneo, 1993.
- Foucault, Michel, *El orden del discurso*, Madrid: Las Ediciones de la Piqueta, 1996.
- Ejército Argentino, *Organización y funcionamiento de los Estados Mayores*, Tomo I y II. Buenos Aires: IGM, 1998.
- Escuela Superior de Guerra, *Bases para el pensamiento estratégico*, Volumen I, II y III. Buenos Aires: Docencia, 1994.
- Faraj, Alfredo, *El marco conceptual para comprender a las organizaciones*, en: *Revista de la Escuela Superior de Guerra*, Nro 523, 1996.
- Lidell Hart, Basil, *Estrategia de la aproximación indirecta*, Bs. As.: Biblioteca del Oficial volumen 500/501. Círculo Militar, 1960.
- \_\_\_\_\_ , *El espectro de Napoleón*, Bs. As.: EUDEBA, 1969.
- March, James & Simon, Herbert, *Organizations*, New York: Wiley, 1958.
- Mintzberg, Henry, *La estructuración de las organizaciones*, Barcelona: Ariel, 1995.
- Morin, Edgar, *Introducción al pensamiento complejo* (5ta reimpresión), Barcelona: Gedisa, 2001.
- Sebreli, Juan José, *El olvido de la razón*, Bs. As.: Ed. Sudamericana, 2006.
- Senge, Peter, *La quinta disciplina*, Barcelona: Granica, 1992.